Los hispanos de etnicidad mixta

Kim Potowski

La población hispana en los Estados Unidos se vuelve cada vez más heterogénea, como indica el cuadro 1. Si antes se consideraba que Nueva York era puertorriqueño, Los Ángeles mexicano y Miami cubano, ahora hace falta reconceptualizar el perfil hispanohablante de estos lugares, ya que ahora viven en ellos números significantes de hablantes de otras procedencias. Por ejemplo, vemos que en Nueva York, Los Ángeles y Miami, la población hispana de origen denominado 'otros' ha subido entre un 25% y un 36%.

cuadro 1 Grupos hispanos en varias grandes ciudades de los Estados Unidos

	Grupo hispano predominante (% de todos los hispanos locales)	Otros grupos hispanos (% de todos los hispanos locales)
Nueva York	Puertorriqueños: 37%	Dominicanos: 19% Mexicanos: 9% Otros: 36%
Los Ángeles	Mexicanos: 64%	Salvadoreños: 7% Guatemaltecos: 4% Otros: 25%
Miami	Cubanos: 52%	Nicaragüenses: 9% Hondureños: 5% Otros: 34%
Chicago	Mexicanos: 70%	Puertorriqueños: 15% Guatemaltecos: 2% Otros: 13%

Fuente: Censo (2000).

Sin embargo, ha habido relativamente pocos estudios sobre el contacto lingüístico entre estos diferentes grupos. Describiremos brevemente aquí cinco de ellos. Zentella (1990) analizó el contacto interdialectal en el plano léxico entre 194 puertorriqueños, dominicanos, colombianos y cubanos en Nueva York y encontró que no siempre fue la variedad léxica usada por el mayor número de personas la que se esparcía entre los miembros de otros grupos; las variables sociales de clase, nivel de educación formal y raza influían en las actitudes y adopciones lingüísticas de los hablantes. Específicamente, las variantes de los cubanos y los colombianos eran más conocidas que las de los puertorriqueños y dominicanos. Otheguy y Zentella (2007) examinaron la expresión del pronombre personal de sujeto entre seis grupos diferentes de hispanohablantes, también en Nueva York, y divididos entre grupos caribeños y grupos no caribeños.

No encontraron evidencia de nivelación dialectal: los bilingües de la segunda generación seguían usando los pronombres según el dialecto de los padres. Sin embargo, Otheguy et ál. (2005) indicaron la existencia de un mayor uso de pronombres con verbos de la segunda persona singular entre los no caribeños nacidos en los Estados Unidos, comparados con los no caribeños recién llegados; los autores indican que ello se debe a un proceso de nivelación y no al contacto con el inglés, ya que este último probablemente conllevaría un mayor uso de los pronombres también con la tercera persona singular, que no se dio.

Por último, ha habido dos estudios sobre el contacto entre mexicanos y puertorriqueños en la región Medio Oeste del país. El estudio etnográfico de Ghosh Johnson (2005) reveló una frontera etnolingüística profunda que dividía a los alumnos mexicanos de los puer-

torriqueños en una escuela preparatoria de Chicago; por lo tanto, no se encontró evidencia de debilitamiento de la /s/ al final de sílaba entre los mexicanos ni una reducida producción de este rasgo entre los puertorriqueños. Ramos-Pellicia (2004) señaló que los puertorriqueños, con mejores trabajos y sin el estigma de ser inmigrantes ilegales, gozaban de mayor prestigio que los inmigrantes mexicanos recientes en una zona rural del estado de Ohio y, por lo tanto, no convergían sobre las variantes mexicanas locales.

Es lógico suponer que, tarde o temprano, la convivencia de múltiples grupos hispanos —es decir, individuos con padres de diferentes grupos dialectales— dará lugar a variedades mixtas. Aún menos se sabe sobre los resultados lingüísticos de este fenómeno, cada vez más frecuente, del contacto dialectal dentro de una misma familia. Aquí describiremos brevemente los estudios que hay de momento en Chicago, Nueva York y Los Ángeles sobre el español de los hispanos mixtos.

Chicago cuenta con la tercera población hispana más grande del país, que a su vez está compuesta por la segunda comunidad mexicana más numerosa del país fuera de Los Ángeles y por la segunda comunidad puertorriqueña al margen de Nueva York. Además, según Pérez (2003), Chicago es la única ciudad donde estas dos comunidades han convivido durante más de cincuenta años, por lo cual tiene sentido que el primer estudio sobre los llamados 'mexirriqueños' se haya producido aquí. Rúa (2001), en un trabajo sobre identidad étnica en Chicago, encontró que los mexirriqueños —el término que estos individuos se autoaplicaban en esa ciudad— se sentían obligados a identificarse ya como mexicanos o como puertorriqueños. De manera parecida, Ramos-Pellicia, en una comunidad rural del estado de Ohio, descubrió la preferencia por insistir en su etnicidad puertorriqueña, debido al fuerte estigma asociado a inmigrantes mexicanos indocumentados. Curiosamente, los participantes en Ohio no se autoidentificaban como mexirriqueños, sino como individuos con un padre mexicano y el otro puertorriqueño.

Pero la variante de español adquirida en casa difícilmente se puede cambiar; es decir, el español de un individuo de etnicidad mixta podría identificarlo claramente como mexicano o como puertorriqueño e incluso contradecir cualquier decisión consciente de enfatizar solo una de las dos identidades. Como se ha explicado en esta Enciclopedia, el español puertorriqueño presenta muy frecuentemente aspiración u omisión de /s/ final de sílaba, velarización de la vibrante múltiple /r/ y lambdacismos como [bailal] para /bailar/, mientras que el español mexicano, además de no exhibir estos rasgos, presenta vocales finales sordas, una /r/ silabada y ciertos patrones de entonación (para mayores detalles sobre las diferencias entre estos dos dialectos, que son altamente notables, vid. Lipski, 1994).

Deseando indagar sobre la variedad del español que hablaban los mexirriqueños en Chicago, Potowski y Matts (2007) obtuvieron un corpus compuesto por entrevistas hechas a 20 individuos, en las que también se manejó la repetición de un cuento corto y una actividad de identificación léxica, compuesta por fotos de 16 objetos cotidianos cuyos nombres difieren en el español mexicano (por ejemplo, *alberca*, *naranja* y *aretes*) frente al español puertorriqueño (*piscina*, *china* y *pantallas*, respectivamente). Las muestras fueron analizadas por un grupo compuesto, por un lado, por lingüistas (entre ellos fonólogos) y, por el otro, por hispanos bilingües de Chicago, que representan a las personas típicas con las cuales, día a día, tienen contacto estos individuos. Los evaluadores asignaron una clasificación sobre una escala con varios puntos entre 'totalmente mexicano' y 'totalmente puertorriqueño', entre ellos la opción 'no puedo identificar esta muestra como puertorriqueña ni mexicana'. Se buscaba determinar si uno de los dos dialectos predominaba o si había cierta hibridización de los dos.

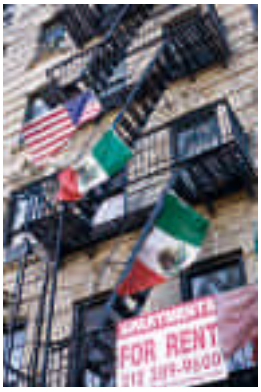
A diferencia de Rúa (2001), estos participantes no sintieron ninguna presión por enfatizar ni esconder ninguna de las dos afiliaciones étnicas; declararon rotundamente que 'eran las dos cosas'. Una posible explicación es que los datos se recogieron diez años más tarde

que los de Rúa (2001) y mayoritariamente en la zona norte de Chicago, donde hay mayor mezcla de estas dos comunidades. Rúa se enfocó en la zona sureña de la ciudad, que es mayoritariamente mexicana. En cuanto a su producción lingüística, en 11 de los 20 casos, el español de estos individuos mexirriqueños tenía un parecido más fuerte con el del grupo etnolingüístico de la madre. Es decir, su español sonaba más puertorriqueño si la madre era puertorriqueña y más mexicano si la madre era mexicana. Ninguna otra categoría investigada, como la potencial influencia del español hablado por los amigos o en la vecindad, se correlacionaba con la clasificación asignada por los evaluadores. Todos los participantes indicaron ser conscientes de las principales diferencias entre las dos variedades del español y relataron en sus entrevistas anécdotas sobre cómo su propia variedad los marcaba etnolingüísticamente. Aunque unos cuantos profesaron tener la habilidad de cambiar entre los dos dialectos, la mayoría no lo podía hacer con éxito.

Esta influencia de la madre en el desarrollo de rasgos léxicos y fonológicos en una situación de contacto dialectal, si bien poco sorprendente, necesita de más investigaciones. Aunque el campo del bilingüismo hace frecuente referencia a la 'lengua materna', pocos estudios se han centrado en la influencia de la madre en la transmisión de lenguas, particularmente cuando su lengua o su variedad difiere de la del padre y/o la de la sociedad. Por ejemplo, Kamada (1997) encontró que en los matrimonios bilingües solo se transmitía la lengua minoritaria a los niños cuando se trataba de la lengua de la madre. Cuando la lengua minoritaria era la del padre, los niños no la adquirían. Roberts (1997) demostró que los niños habían adquirido en mayor grado los cambios fonológicos de la madre y otros miembros femeninos de la comunidad de habla que los de los padres, lo cual según la autora constituye suficiente evidencia para apoyar la sugerencia de Labov (1973) de que las mujeres encabezan los cambios lingüísticos debido a las asimetrías en el cuidado de niños.

El reciente estudio sobre los mexirriqueños en Chicago (Potowski, 2008) ha contado con un mayor número de participantes. Un hallazgo interesante fue que el acento fonológico se correlacionaba con la producción léxica: la gente que 'sonaba puertorriqueña' también producía más vocabulario puertorriqueño, y la que 'sonaba mexicana' producía un mayor número de variantes mexicanas. Del mismo modo que hablamos de una lengua materna, estos datos apoyan la existencia de un 'dialecto materno'. El estudio encontró de nuevo que el español de 20 de cada 27 individuos manifestaba rasgos léxicos y fonológicos parecidos al dialecto de la madre, e incluso cuando informaron hablar menos español con ella que con el padre. Está, por ejemplo, el caso del joven que dijo hablar el 90% en español con su padre mexicano y solo el 50% con su madre puertorriqueña, pero lingüística y culturalmente manifestó rasgos dominantemente puertorriqueños, como el uso de la palabra *bochinchar* y el pedirle *la bendición* al saludar o despedirse de la abuela. Otro ejemplo fue el de la joven que afirmaba sentir muchísima más conexión con su padre mexicano —cuyos amigos y preferencias musicales y culinarias eran todos mexicanos— y cuyo español, sin embargo, recibió la evaluación de 'muy puertorriqueño'.

Aun así, cabe subrayar que no eran únicamente las madres quienes influían sobre el español de los mexirriqueños. En algunos casos, el padre era el único de la familia que hablaba español con los hijos, o fue la comunidad local y/o otros miembros de la familia quienes impartieron su variedad. Además, se debe notar que tres cuartas partes de los participantes (20 de 27), sin importar si evidenciaban rasgos parecidos o diferentes a los del grupo etnolingüístico de la madre, lo hacían de manera clara, recibiendo evaluaciones promedias a un lado del continuo entre mexicano y puertorriqueño. El otro 25% constituyó casos de hibridización dialectal de tal grado que incluso los fonólogos no concordaban en sus análisis de las muestras de habla de los hablantes. También se vieron muestras de habla con rasgos fonológicos puertorriqueños al lado de usos léxicos claramente mexicanos. Estos resultados confirman la complejidad de factores vinculados con la adquisición de lenguas y dialectos.



Pasando ahora a Nueva York, Barrera Tobón, en un trabajo que está en fase de preparación, ha analizado el español de 10 'puertocolombianos' a través de una entrevista y tres actividades: la identificación de vocabulario (Zentella, 1990; Potowski, 2008), la preferencia léxica —o sea: qué palabras preferían en determinadas situaciones (Zentella, 1990)— y la disponibilidad léxica, que les pide a los participantes que en cierto período de tiempo nombren todas las palabras que se les ocurran en varios campos léxicos, por ejemplo 'las bebidas' o 'la casa' (López Morales, 1999; Moreno, 2007). Evaluaron las entrevistas dos lingüistas y dos no lingüistas, que decidían si predominaban rasgos fonológicos puertorriqueños o colombianos (hay que señalar que todos los padres colombianos eran del interior del país y no de la zona caribeña). Por último, se comparó el uso de pronombres de sujeto, un fenómeno variable en español, con el de un grupo de control de puertorriqueños y colombianos en la ciudad de Nueva York. La autora encontró una clara correlación positiva entre la nacionalidad de la madre y los rasgos fonológicos, léxicos y sintácticos del hijo, aunque la correlación con la variable sintáctica no fue tan fuerte como las otras dos. Estos resultados de nuevo corroboran la importancia de la madre en la transmisión de una lengua minoritaria, como lo es el español en los Estados Unidos, lo que sugiere que esta transmisión lingüística es otro ejemplo de 'la formación de identidad étnica que cargan las mujeres sobre los hombros' (Pérez, 2003: 112) o, más precisamente, en la boca.

Otro estudio del español de los hispanos mixtos se ha llevado a cabo en la zona de Los Ángeles, donde, de modo parecido al caso de Chicago, los mexicanos constituyen el grupo de hispanohablantes más grande: el 79% de la población hispana local. Carreira, en un trabajo que está en fase de publicación, ha estudiado el español de 17 adultos de descendencia mexicana-centroamericana siguiendo la metodología de Potowski (2008) y Barrera Tobón. Este estudió no analizó el acento de los participantes, ya que el español mexicano y el guatemalteco comparten muchos rasgos fonológicos. Aun así, se les pidió que indicaran si su propio español sonaba más mexicano, más guatemalteco o como una combinación de los dos. Los resultados preliminares señalaron un índice más alto de hibridización dialectal y nivelación léxica que en los estudios anteriormente citados. Los participantes no manifestaron ninguna preferencia por el vocabulario de cualquier grupo, aunque mostraron preferencia por las variantes mexicanas en los foros públicos. Además, describieron su propio español como una combinación de los dialectos de sus padres. Se está elaborando un estudio más amplio en Los Ángeles incluyendo a individuos de parentesco salvadoreño, ecuatoriano y guatemalteco.

Para concluir este apartado, los adultos de etnicidad mixta en los Estados Unidos parecen contar con varias opciones para identificarse, y estas elecciones se pueden ver afectadas por muchos factores. Sin embargo, los niños normalmente no controlan los dialectos que adquieren, y estar expuestos a dos dialectos del español desde una edad temprana puede dar lugar a varios resultados lingüísticos. Hay mucho futuro para este tipo de investigación ya que, como se mencionó anteriormente, la heterogeneidad de las comunidades hispanas va en aumento. Otra área interesante son los mismos padres de las uniones mixtas, dado que suelen hablar más español que los hijos. De hecho, varios participantes indicaron que uno de sus padres no manifestaba los rasgos típicos de su grupo dialectal y que, por ejemplo, su padre mexicano había adoptado frases y elocuciones puertorriqueñas. Dados los patrones de inmigración recientes, el fenómeno de los hispanos mixtos se vuelve un tema de alto interés que seguramente dejará huella sobre el español de los Estados Unidos.